

RODÓ AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Héctor Balsas

I

En el centenario de la aparición de *Ariel* se siente la necesidad de escribir sobre el autor y su obra. Muy diversos enfoques son posibles para cumplir este imperativo. Quizás el menos utilizado sea el relativo al vínculo entre Rodó y la infancia, es decir, entre un escritor de prosa enojada y pensamiento elevado y profundo y los niños que, en el período escolar, deben adquirir nociones –justas pero acordes con su edad mental y su edad cronológica– sobre la literatura de su país.

Parece difícil, en una primera apreciación, que esta relación se pueda llevar a la práctica, pues Rodó no escribió para niños. Apenas se atisba un resquicio que otro por donde penetrar para hacer valer la idea de que su obra es amoldable al sentir y el pensar de la infancia. Sin embargo, la escuela uruguaya, desde muy atrás en el tiempo, no ha vacilado en ofrecer a los escolares –casi exclusivamente del nivel superior: quinto y sexto año– textos tomados del pensamiento y la pluma rodonianos. Ocurre así porque la escuela apuesta a una finalidad abarcadora muy plausible: formar del modo más amplio a los educandos, dentro de los límites naturales impuestos por el material humano con que se trabaja.

Las dificultades de cualquier página de Rodó no son obstáculo insalvable para llevarlas a la consideración de los niños, aunque ellos, librados a sí mismos, no titubearán en rechazar lo que se les propone, porque les resulta letra muerta al no poder comprender. Esta oposición es superada en la práctica: los niños (de sexto año, por ejemplo), ante una parábola como “La pampa de granito” o “Mirando jugar a un niño” toman conciencia de lo que tienen delante y van en busca de su contenido. Parece una contradicción con lo anteriormente señalado, pero no es así. No lo hacen porque sepan que Rodó es un gran pensador y el maestro de la juventud de América, o porque es un escritor excelente o un hombre de capacidad superior. No lo hacen tampoco porque, una vez delante de la página que se les eligió para leer y meditar, comprendan los valores que contiene o adviertan la lección de lengua que ella dicta, ni porque sean capaces de descubrir

excelencias de forma; no lo hacen porque lleguen al creador literario y estético recorriendo un camino que, sin duda, no les es propicio por la edad que tienen. Lo hacen porque a su lado hallan la ayuda necesaria, imprescindible, fundamental, que los conduce por entre los vericuetos del texto, muy poco accesible en los primeros momentos de la lectura, pero abierto una vez que se han puesto en movimiento los resortes que se requieren para que una lectura llegue a su destinatario sin mayores esfuerzos de comprensión, interpretación y asimilación. Hay alguien capaz de dar vida a la letra muerta ante los ojos del lector niño. Surge en este momento la figura del maestro (hombre o mujer) que se convierte en el propulsor de los recursos de captación ocultos en el lector, en un lector que no puede reaccionar por sí mismo frente a un texto impenetrable, pero que llega al fondo de él, o cerca, si encuentra la mano tendida para allanarle el paso difícil y áspero. Es el maestro, en definitiva, quien está capacitado para unir, como puente firme y seguro, el mensaje rodoniano y la mente infantil. Cómo hacerlo, cómo sobrellevar esta dificultad didáctica aparentemente imposible de vencer, cómo dotar a un grupo de niños de doce años de edad (la propia de un sexto año escolar) de las herramientas de trabajo para salir airoso, son interrogaciones que sabe contestar el docente, pues su experiencia y su conocimiento del alumno lo capacitan para el cometido.

Sin la ayuda del maestro es imposible llegar a donde se desea, tanto en la consideración de textos de Rodó como de otros autores nacionales que corrientemente se llevan al aula para conocerlos a través de sus producciones literarias. No es que todos ellos tengan la profundidad de Rodó, sino que el niño, si no encuentra la mano que lo apunte, no entra con seguridad y beneficio en el conocimiento de un autor. Esto no significa que no pueda enfrentarse él por sí solo a cualquier página que caiga en sus manos. Solamente quiere decir que un niño –por su edad– no tiene aún la formación intelectual ni la madurez psicológica adecuadas para valerse sin ayuda ante textos que no fueron escritos para él.

La escuela uruguaya siempre supo este puñado de verdades y, por ello, no titubeó en difundir las creaciones de Juana de Ibarbourou, Fernán Silva Valdés, Horacio Quiroga, Eduardo Acevedo Díaz, Serafín J. García, Juan José Morosoli, Julio C. da Rosa y tantos autores más del pasado y del presente.

Por supuesto: también de José Enrique Rodó.

II

Hay que defender, pues, el buen sentido que no rechaza el acercamiento de Rodó a los escolares.

Valen aquí las palabras de Alejandro Paternain⁽¹⁾ registradas en su estudio titulado “El tiempo de Agenor”.

Son dignas de destacar:

“Enseñar a Rodó en las aulas es riesgoso: no siempre se puede llegar a él. No enseñarlo sería peor: no habría indicios para encontrarlo después. Rodó ha de enseñarse. ¿Cómo, entonces? ¿A través de qué páginas? Las parábolas resultan indispensables: vestiduras de ideas, conversiones del pensamiento en imágenes, son todavía eficaces, y lo serán durante mucho tiempo, sin duda. La infancia es terreno propicio para acogerlas, salvo que hayamos perdido el íntimo contacto memorioso con nuestra propia infancia. Aun a sabiendas del artificio que supone arrancarlas de su contexto, mantienen la suficiente fuerza expresiva y el invalorable esquema anecdótico como para confiar en ellas y transmitir las a los niños. Mezcla de ficciones, de símbolos, de poemas en prosa, contienen la necesaria carga emotiva para impresionar y conmover. Porque sin conmoción previa no hay posterior comprensión. Quien busque el inmediato entendimiento va contra la manera educativa de las parábolas. Estas procuran sugerir, no revelar de golpe; hechizar la conciencia no irrumpiendo en ella, sino filtrándose; suspender el discurso, en lugar de acentuarlo. Son ámbitos de formas y colores, de ritmos y armonías que, no obstante su condición ancilar, impregnan los sentimientos. Pueda declinar, por imposición de las épocas, los contenidos a los que apuntan; pueden diluirse o perderse, por natural inmadurez de la edad temprana, las enseñanzas que involucran. Pero las imágenes y las figuras no habrán de perderse, si fueren vertidas con el calor y la convicción que la alegría de la forma bella y graciosa aporta necesariamente. El perfil del faro de Alejandría, la grisura de la pampa de granito, la misteriosa estancia del rey hospitalario, los episodios variados que vivieron los seis peregrinos y el mar aquel que vislumbran Agenor e

(1) Hay muy poca bibliografía sobre este enfoque. Tomando en cuenta que puede ampliarse por la aparición de otros trabajos, se mencionan estos dos:

a) *Rodó: parábolas y textos escogidos*. Unión del Magisterio. Montevideo, 1971. Contiene, además, estos estudios: “Apuntes biográficos” de Mario Benedetti, “Rodó: volver a pensarlo” de Juan Carlos Maurigán, “El tiempo de Agenor” de Alejandro Paternain, “Una parábola al alcance de los niños” de Héctor Balsas y “Sobre ‘El faro de Alejandría’ ” de Sara Rumbo.

b) *Parábolas y otros escritos para niños*. Arca. Montevideo, 1971. Selección, introducción y actividades de lengua a cargo de Héctor Balsas.

Idomeneo al término del viaje, un mar azul, abierto y asoleado, permanecen como tesoros que el hombre maduro descubrirá en sí mismo un día. Y aunque la lección no se haya aprendido cabalmente, aunque la enseñanza haya quedado a cargo del azaroso vivir, las imágenes resurgirán completando la enseñanza allí donde esta fue incompleta, o devolviéndole el sentido allí donde creyó que el sentido se había disipado. Pues a pesar de la incertidumbre de la cosecha, ha de efectuarse la siembra. No es otra la lección permanente de Rodó: enseñar es contar con el futuro”.

Paternain hace hincapié en las parábolas como medio para alcanzar a Rodó. Sin perjuicio de la existencia de otros textos distintos de las parábolas, son ellas los ejemplos más útiles e idóneos para enlazar el pensamiento rodoniano con el espíritu infantil.

Pero inclusive las parábolas no escapan a las dificultades de comprensión que caracterizan a los textos de Rodó. Por estar insertas en una masa mayor de ideas, mantienen con esa masa una unidad de forma y contenido inevitable. Extraer de un texto mayor una parábola, si bien implica darle independencia porque está separada de un contexto o situación determinados, no le quita la tersura formal ni la solidez conceptual del conjunto. Sin embargo, forman un estadio de asentamiento, de serenidad, que impulsa a continuar con más bríos.

Es decir: las parábolas de Rodó son continuación –pese a su desgajamiento de un centro textual– de una serie de ideas que viene desarrollando el autor y que encuentran en esa concepción literaria llamada *parábola* un remanso, un lugar de descanso, para que el lector respire holgadamente por unos momentos, antes de proseguir con el anterior tono de elevación y rigor intelectuales.

Precisamente el oasis que son las parábolas en los textos de Rodó permite que los alumnos niños (también los adolescentes) entren con pie más seguro en el recinto de la creación de un autor que no escribió para ellos pero que puede ser alcanzado con el esfuerzo y la voluntad del niño y con la ayuda –inigualable, obligatoria, fermental– del maestro.

Es así como el maestro (o el profesor, en el nivel secundario o medio de la enseñanza) se constituye en el guía de un grupo humano que tiene frente a sí una página que le resulta muy poco clara en caso de quedar solo, desprotegido, con ella. El maestro es el acompañante que conoce el camino y que puede orientar sin torcimientos por un sendero rocoso.

Para ello tiene en su poder los recursos didáctico-pedagógicos que la situación le pide. Desde el estudio de la base lexical hasta el contenido conceptual, hará recorrer a los lectores (más que lectores, actores del hecho de leer) varias etapas de progresiva dificultad, que en nada obstaculizarán la finalidad perseguida. Aparece aquí con fuerza el concepto de *lectura explicada*,

que es básico para el enlace eficaz y fructífero entre autor y lector, entre emisor y receptor. Si no se encara la lectura de Rodó (o de quien fuere) desde la óptica de la lectura explicada, poco podrá lograrse. Nunca tanto como en los textos de Rodó se siente la necesidad de recorrer los caminos de su explicación, que llevarán indefectiblemente a la comprensión y la interpretación.

Lo principalísimo está en la conquista del mensaje autoral, sea profundo, sea superficial. La lectura por la lectura o sea el mero reconocimiento de niveles dentro del texto y también el señalamiento de las capas que lo componen no es suficiente para decir que hay lectura. La lectura es perforación de la capa del texto para llegar a buen puerto, que no es otro que el conocimiento (hasta donde sea posible por la edad y la formación intelectual del lector) del pensamiento de quien escribe.

Decía Francisco Anglés y Bovet⁽²⁾, hace ya muchos años, que el adolescente debe ser aupado para que supere las dificultades que su madurez (relativa en comparación con la madurez adulta), su poca experiencia en el terreno literario como receptor y su apego a ciertas autoridades (si las hubiera) no lo ahoguen ni le impidan acercarse a la prosa o la poesía de un creador. Con más razón, tratándose del niño. Quien comprende esta verdad tan sencilla y de a puño sabrá sacar a flote, en medio del mar embravecido de la lectura de Rodó, a aquellos que tiene a su cargo para guiarlos y ennoblecerlos.

Parece poco, pero es mucho. El maestro forma parte del futuro. Alguien complementará su obra inicial; por eso, es necesario que se empiece con acierto y que el escolar –a su tiempo, sin apresuramientos producidos por la ansiedad, la novelería o la desorientación– tenga relación directa con Rodó y otras cumbres de la literatura nacional.

Eso sí: no pueden ofrecerse resúmenes ni adaptaciones. Se entrega el texto tal como salió de la mente creadora del autor o se deja a un lado su conocimiento, que se producirá más adelante, cuando el niño sea adolescente o joven y curse otros estudios o, cuando por voluntad propia, decida fuera de la imposición de un profesor o de un programa de literatura, entablar diálogo con quien él desee.

Las adulteraciones son nocivas; los textos apretados o exprimidos son incapaces de revelar a un autor en su fuerza y verdad, y por eso no sirven. Se dirá que hay que recurrir a veces a ese expediente por razones de peso y que Rodó es un caso típico que obliga a cometer alguna licencia con su prosa, si se quiere que el niño lo conozca. No es razón para comprimir un texto al estilo del “Reader's Digest”. Hay que afrontar el original con inteligencia, ingenio y seguridad.

(2) Anglés y Bovet, Francisco. *Cauces (Lecturas explicadas)*. Monteverde y Cía. Montevideo, 1941. (Primera edición).

III

A continuación, se propone un conjunto de textos rodonianos cuyo empleo en el aula escolar es recomendable. En cada uno, además de los valores inherentes a él, se descubrirán actividades de trabajo en sectores tan importantes como el léxico, la fraseología, la etimología, la ortografía y la morfosintaxis. El maestro sabrá medir cada contenido textual y, según sus conclusiones, elegirá la actividad de lengua que mejor le convenga.

Conviene advertir que un fragmento o trozo, tomado literalmente de la obra a que pertenece, no configura un caso de adulteración ni mutilación, por más que se piense que es la parte de un todo y que no representa al conjunto. Este modo de proceder con respecto a un exponente literario es válido y no puede ni debe equipararse a los burdos cortes que suelen realizarse sobre textos con el fin de acomodarlos a un espacio determinado, en una publicación, o a emplearlos para una clase de lengua o literatura desprovista de rigor y seriedad.

Una cosa es cierta: una página de Rodó conduce a un mundo nuevo, sugerente, a través de ventanas diversas. El alumno no puede estar ajeno a las posibilidades de conocimiento que eso le brinda.

Los fragmentos recomendables, entre otros posibles, son los siguientes:

a) “La influencia del techo”, “La pampa de granito”, “Un milagro del mapa” y “El hecho nimio y la invención” (de *Motivos de Proteo*).

b) “Los gatos de la columna trajana” y “Recuerdo de Pisa” (de “El camino de Paros”).

c) “Aquella tarde” y “El rey hospitalario” (de *Ariel*).

d) “Mirando al mar” y “Decir las cosas bien” (de *El mirador de Próspero*).

Hay dos parábolas muy difundidas (“El rey hospitalario” y “La pampa de granito”) y ocho trozos de contenido atractivo y subyugante, que dan oportunidad al escolar (recuérdese: siempre del nivel superior de la enseñanza primaria) para reflexionar, expresarse oralmente y por escrito y trabajar sobre la base de temas de lengua que el maestro (que es conductor) seleccionará según su criterio y sus intereses programáticos.

Quien lea estos fragmentos hallará en seguida las vías por las que avanzar para llegar a su fondo conceptual y percibirá, al mismo tiempo, las posibilidades que ofrecen para que el escolar ponga en práctica sus aptitudes para descubrir, resaltar y asociar decenas de detalles menudos pero importantes para su formación. De la conversación (pues, en el fondo, se trata de una conversación una clase de lectura) entre maestro conductor y alumno surge, por la actividad que ello implica, un resultado nada desdeñable y sí muy apropiado para la superación lingüístico-literaria del alumnado.